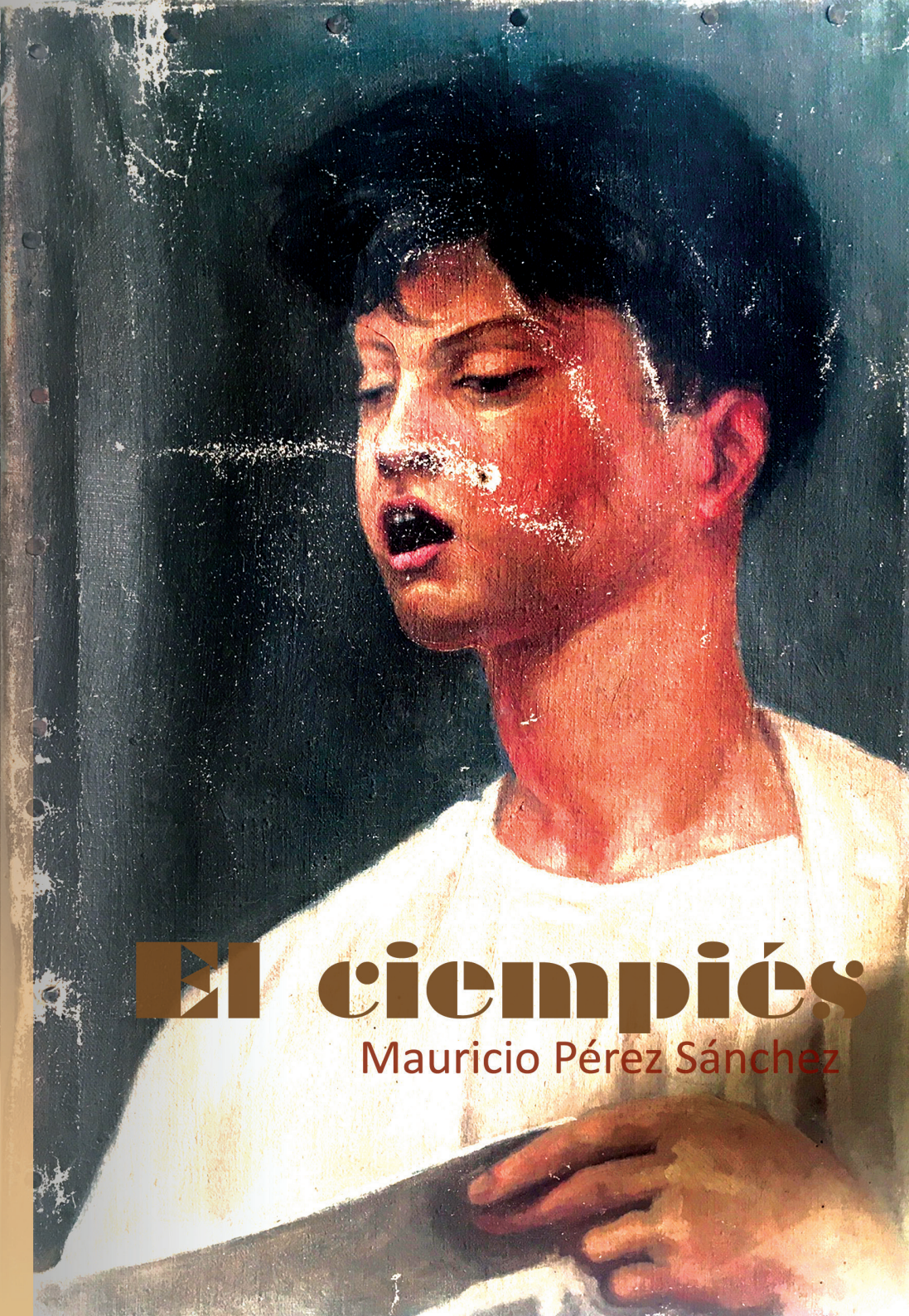
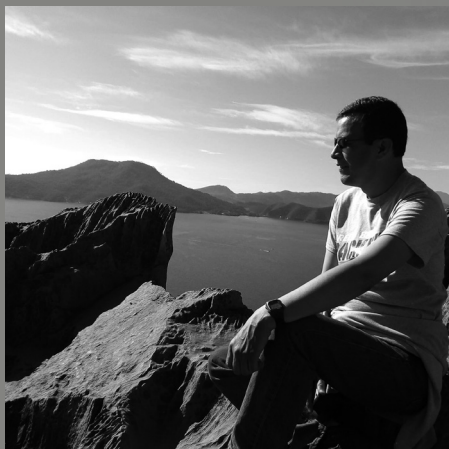




El ciempiés

Mauricio Pérez Sánchez



MAURICIO PÉREZ SÁNCHEZ (México, Distrito Federal, 1962). Estudió Ciencias de la Comunicación en la UNAM. Publicó algunos de sus cuentos en el periódico *El Financiero* y en la revista *La Colmena*.

EL CIEMPIÉS

Mauricio Pérez Sánchez

*El espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos,
reconocernos y escribirnos*

EL CIEMPIÉS

COLECCIÓN INVITACIÓN AL INCENDIO DE NARRATIVA 1

grafógrafxs



grafógrafx

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑADOR

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

PORTADA

Carlos Maldonado

CORRECCIÓN DE ESTILO

Laksmi Contreras Reyes

EL CIEMPIÉS

Adán entra al Kinky. Un tipo de bigote y pantalón blanco ajustado se le acerca y le susurra algo al oído. Empiezan a bailar. Sus cuerpos se juntan, sus lenguas se enmarañan. Adán está muy excitado, nunca había besado a un hombre; ya no se siente solo. Sólo ella creyó que el amor no tenía fecha de caducidad. Piensa en eso mientras saca la pistola del cajón, recuerda el mensaje en el teléfono, apunta hacia su marido, y se mete el arma en la boca. La boca de él atrapa el arete en forma de cruz; ella ríe y se baja la falda escolar. Él le coloca una pastilla debajo de la lengua y le explica lo que desea. Pronto, el piso de la azotea empieza a sangrar, mientras que la luna y el cielo se tiñen de un color que no existe. Ella contempla los anillos del ciempiés y goza el veneno activo. Ahora percibe lo que él quiere. Quiere confesarlo todo, pero no se atreve a despertar a Leopoldo; le besa la frente, lo abraza, cierra los ojos y evoca la sensación de una lengua que se demoraba en su entrepierna, mientras otra resbalaba por su cuello; ella daba gritos de placer y pedía más, más. Más gente se arremolina para verlo. Ángel está parado sobre la cornisa. El fin último de su *performance* es la búsqueda de la felicidad. Su público no para de gritar. Al cerrar los ojos imagina que caerá en el mar. Segundos después, su cuerpo choca con el pavimento y su cabeza revienta como una ola; su sangre infectada empieza a inundar la acera. Lacera

la piel ardiente la cera caliente que resbala por la espalda de la jovencita amordazada. El juego de las velas llega a su fin. Matías la voltea, la penetra y termina rápido. Rápido, el taxi se dirige a la zona industrial. Tras otro jalón de cabellos, María sólo pide a Dios que todo acabe pronto. Dios la escucha, pues segundos después morirá. No la dejan levantar la cara; el que va en el asiento trasero acaricia las piernas de Sara y continúa amenazando. El conductor ve a lo lejos la torreta de una patrulla; se apanica, gira el volante, y se estrella. Estrella es hermosa, la mejor del *table*. Tiene unos pechos increíbles, pero a Juan no se le para; ella acaricia el miembro con maestría, lo introduce en su boca, pero no responde. No responde; el paramédico, con asco, con mucho asco, le da respiración de boca a boca, pero no responde; mañana habrá un indigente menos en esta ciudad de mierda.

EL CHICO DE HUMO

Nunca confió en Luis. De coqueto y nalga fácil no lo bajaba. Durante los tres años que vivieron juntos esa desconfianza provocó que los celos se acumularan, como el polvo, debajo de la cama, detrás del librero, en el clóset. Aquella noche esa misma desconfianza le susurró al oído que debía aprovechar que Luis se bañaba para hurgar en su teléfono, pues conocía la contraseña. Así lo hizo, y en el *whats* leyó el mensaje más reciente, el que confirmó sus sospechas, la gota que derramó la taza de café ardiente: “Ya son las 3:50. Si no te apuras, voy a empezar con la mano”.

Como remitente de ese mensaje aparecía una tal Karla, pero estaba cien por ciento seguro de que si marcaba aquel número y preguntaba por Carlos, una voz masculina contestaría sí, ¿quién habla? Pensó en marcar, pero no lo hizo. También estaba seguro de que esos regaderazos nocturnos tenían como objeto borrar las huellas de los forcejeos amorosos que Luis sostenía con su amante durante sus dos horas de comida. Imaginó la escena relacionada con el mensaje: un cuasimodo desnudo en un cuarto de hotel de media estrella, con el miembro en una mano y un teléfono en la otra, ansioso, esperando a que Luis le entregara el sexo que racionaba en casa. Mentando madres, aventó el celular y acomodó en una maleta pequeña toda la ropa que pudo.

Salió del departamento sin hacer ruido. En el umbral del edificio miró su reloj y dudó un instante, pero no dio marcha atrás. Adán desapareció esa noche de contingencia ambiental sin pedir ni dar explicaciones, caminando de prisa por las calles adoquinadas, que olían a carta quemada.

Quizá si Adán hubiera interrogado a Luis, este le hubiera contado la verdad; quizá le hubiera explicado que aquel día le pidió a Karla, la joven que hacía su servicio social en la revista, que le recordara que debía comer rápido y sacar los pinceles de la cajuela del coche, para, de 3:45 a 5, empezar a enseñarle a pintar flores o paisajes, como le había prometido un mes atrás, cuando ella descubrió en la oficina un lienzo en el que aparecía Adán desnudo, exultante.

DE ESAS QUE VAN POR AHÍ

Mi matrimonio sólo duró seis años. Los primeros cuatro fueron muy buenos en todos sentidos, pero la familia de mi esposa, con el consentimiento de ella, se fue entrometiendo en nuestros asuntos, principalmente mi cuñada (un hombre rudo metido en un cuerpo de semimujer). Además, la rutina fue consumiendo a la pasión, la cual de cirio pascual pasó a ser una veladorcita para San Chárbel.

Como sucede en muchos casos, las verdaderas razones de nuestro encono no eran discutidas. Las constantes peleas surgían por nimiedades. Por ejemplo, mi esposa me recriminaba por mojar las toallas al secarme las manos, aunque yo consideraba que no mojarlas debería ser un buen acto de prestidigitación; por no colgar inmediatamente el saco que me acababa de quitar; por jugar ajedrez en la computadora...

Ante estas riñas, nos aplicamos, como en los tiempos de secundaria, la ley del hielo, lo cual propició al poco tiempo que surgiera nuestra mutua y abierta infidelidad. El divorcio era inminente. Este acto liberador duró seis meses, y fue un proceso relativamente civilizado. Consideré que el coche y el departamento eran un precio justo por mi libertad condicional, de lo cual me convenció mi abogada (maldita).

Tras mi abandono de hogar legalizado, en el Segunda Mano encontré un cuarto amueblado. La renta era accesible

y, aunque formaba parte de una residencia de una familia “bien”, la habitación era independiente y pensé que en esta se podía tener privacidad.

Para no obsesionarme con mi fracaso matrimonial, me inscribí en un curso de inglés, el cual me mantenía ocupado la mitad del sábado e incluso en mis tiempos libres durante la semana, ya que tenía que estudiar y hacer tareas.

En las clases de inglés conocí a personas interesantes, casi todas jóvenes. Tuve una maestra bisexual de cuerpo aristotélico, una maestra lesbiana con unas nalgas respingadas sublimes, y una compañera de 18 años a quien le gustaba restregar su cuerpo con el mío en plena clase, como un gatito bilingüe.

En la cafetería del Harmon Hall, a Hugo, el compañero de clases con el que mejor me llevaba, se le cayó una foto. Yo la levanté y me quedé viéndola sin disimular mi asombro. “¿Te gusta?”, preguntó Hugo, “se llama Tábata”. Un mes después, gracias a la intervención de mi nuevo amigo, ella vivía conmigo.

La relación entre Tábata y yo es básicamente sexual. Ella, a diferencia de mi esposa, no monta dramas cuando mojo las toallas o cuando no cuelgo mi saco inmediatamente. Incluso permanece a mi lado, sentadita en silencio absoluto, viéndome jugar ajedrez en la computadora.

Durante nuestra estancia en el acogedor cuarto, Tábata aceptaba cualquier juego en la cama. Mi depravación favorita es vestirla de colegiala. Verla con blusa blanca, suéter verde, falda tableada y calcetas me trastorna. Ella es menudita, por lo que no fue difícil encontrar en el centro un uniforme de su

talla y, como tiene cara de niña, este le queda a la perfección. Yo le confesé a Tábata que quizá la única mujer de la que me he enamorado se llama Adriana, y que el día que la conocí ella vestía el mismo uniforme, el de la Secundaria 230. A Tábata no le molestó mi confesión; incluso permite que en su faceta de colegiala la llame Adriana.

Mi vida iba viento en popa. Hasta mi carácter, siempre agrio durante mi matrimonio, había cambiado. Esto lo notaron mis compañeros de trabajo y del inglés. Mi actividad sexual era perfecta: fornicaba con un camaleón. Pero hace unas semanas sucedió algo que me obligó a modificar un poco mis nuevas costumbres.

Un viernes regresé tarde del trabajo. Estaba muy cansado, tanto que incluso mi libido se encontraba exhausta. Sin embargo, al ver a Tábata sobre la cama, con una minifalda rosa, calcetas, una blusa con un oso en el centro y una pulsera de tela que le compré en Coyoacán, no pude evitar abrazarla, besarla.

Minutos más tarde, me encontraba sentado en una silla. Tábata estaba sobre mí. Yo la movía al ritmo de la música que brotaba de la computadora, “La Heroica” de Beethoven. Ella sólo llevaba puesta su falda, sus calcetas y su perfume Anaís Anaís, el mismo que usaba Adriana. Yo acariciaba sus pequeños pechos suaves, y la sodomizaba despacito. De pronto, escuché un ruido y vi una sombra por la ventana, pero no podía distraerme; Tábata absorbía toda mi atención y el final de “La Heroica” estaba demasiado cerca.

La mañana siguiente escuché que alguien golpeaba la puerta. Era el dueño de la casa, un contador cincuentón, calvo, gordo, simpático. Lo invité a pasar y, sentados sobre un sofá cama, platicamos acerca de temas intrascendentes, como el calor de los últimos días o los fuegos artificiales de las últimas noches. Era obvio que el contador no quería hablar ni del clima ni del ruido, por lo que tuve que empujarlo un poco para que enseñara su carta: “Eres muy buen inquilino, sobre todo a la hora de pagar”, dijo, “pero ayer la muchacha de la limpieza nos comentó que cuando fue a sacar la manguera vio en tu cuarto algo... no sé cómo decirlo, bueno... inquietante. Quizá no deba meterme en estas cosas, pero considero que no está bien lo que haces, y mi mujer me pidió que te... bueno, que dejaras el cuarto”.

Lo demás fue verborrea al servicio de la comunidad. Por tanto, me vi forzado a buscar un departamento con una renta al alcance de mis bolsillos. Encontré uno en un quinto piso, lejos de miradas indiscretas y cerca de Dios. Mi nuevo hogar tiene sólo dos recámaras, pero es confortable. Todas las paredes son blancas y los pisos, de madera. Mi cuarto cuenta con un clóset grande. En él cabe muy bien mi ropa y la de Táбата; incluso cabe Táбата con todo y caja.

HASTA QUE LA VIDA NOS SEPARE

*No nos dejes vivir sin tentación
y libranos del bien, amén.*

A la hora cósmica del dragón, sonó el molesto timbre que anuncia la llegada de un mensaje. Estaba a punto de empezar la revisión de un libro de Piva, por lo que cogí con fastidio el teléfono y vi que Martín me había mandado el video de una canción de Luis Eduardo Aute, esa en la que le pide a su interlocutor que cuando llegue la agonía, le cuente una tontería. “Que no me pongan coronas, porque me da mucha risa, me ha subido algo la fiebre, quiero un vaso de agua fría...”, canté bajito junto con Aute hasta que noté que mi café dejaba de humear.

Tras el video, el primer mensaje: “Hace unos días se hizo realidad la rolita. Pero creo que ya la libré. Así que no me cuentes ninguna tontería, por favor”. “¿Qué te pasó?”, pregunté. “Llevo ocho días de fiebre, gracias a una jovencita que le dicen la Covid, tiene 19 y medio. Me joden la tos, exageradas sudoraciones nocturnas y la falta de los dos apetitos”. “¿Por qué no me avisaste antes? Lo bueno es que ya vas saliendo, ¿no? ¿Nadie más se contagió en tu casa?”. “De hecho, mi hija me contagió. Ella ya está al 90 por ciento, pero la edad sí influye, y a mí me pegó duro”. “Ni modo, Martín. Como dicen los budistas, así es la vida. Si pasa por aquí la colegiala de la que hablas, no sé si correré con tu suerte o con la del difunto Aute. ¿Y cómo está Luz?”. “Bien. No se ha contagiado; casarse conmigo la hizo inmune a la fatalidad. Se está quedando

con mi cuñada desde que me puse malo”. “Debe de ser difícil para ti eso de no poder dormir con la Luz prendida”, escribí tras dudar un poco si era conveniente poner el dedo en la llaga. “¿Cómo te va a ti?”, fue la pregunta alburera de Martín con la que desvió la conversación hacia terrenos menos escabrosos. “No me quejo. Estoy en confinamiento sexual con una compañera del trabajo. Ahora mi casa es mi oficina, mi hogar y mi hotel de paso”. Después de onomatopeyas de risas y de una serie de emoticones, nos despedimos prometiéndonos una pronta comunicación.

Al otro día me levanté sin hacer ruido y puse en práctica el rito de ver el calendario en la computadora para verificar si la tierra seguía girando, de admirar la foto de Luz que le robé del *face* para adornar con sus muslos dorados la pantalla de mi Mac, y de dar el primer sorbo a un Juan Valdez bien cargado y caliente. Antes de empezar a trabajar, abrí el *whats* para preguntarle a Martín cómo seguía. “¿Ya te recuperaste? ¿Listo para un coyoacanazo y un café del Jarocho?”, fueron mis dudas tecleadas. Primero apareció una paloma mensajera gris, luego dos de ese color y finalmente dos azules. Habían sido vistos mis mensajes, pero no obtuve respuesta. Debe de estar cansado o incluso medio dormido, pensé.

En los días que siguieron le mandé a Martín más mensajes, que únicamente lograron sendas palomas grises, las cuales con el paso del tiempo y la llegada de noticias me parecieron tan negras y carroñeras como los zopilotes que todas las noches planean con las alas extendidas en el techo de mi habitación,

sobre todo en los momentos en los que Luz llora con sollozos por mi hermano, cubriéndose el rostro con una almohada. Cuando eso pasa, no digo nada; sólo me concentro en las inspiraciones y espiraciones de su desnudez.

NOTAS PARA EL OLVIDO

Cuando vi por última vez al poeta Anselmo Arriaga, su memoria era tan flaca como él. En la plenitud de su decadencia sus aficiones fueron los libros, los chocolates, el tinto, y observar desde la ventana de la sala a las colegialas de falda tableada que cruzaban avenida Coyoacán. Durante los tres años que duró nuestra amistad, todos los sábados acudí a su casa para platicar de poesía, mujeres, nuestros achaques, la muerte y de enemigos comunes. Dejé de visitarlo cuando se olvidó de mí.

Su compañía, Isabel, de quien es difícil no quedar prendado, era treinta años más joven que él. En palabras del propio poeta, ella parecía en ocasiones tan misericordiosa como San Juan y en otras, más fastidiosa que una bandada de palomas cagonas. Meses después de conversar por última vez con Arriaga, hablé con Isabel en una rancia y acogedora sala, donde el segundero del reloj hacía un ruido considerable al perseguir el presente.

Aquella tarde, la última musa del poeta me contó cómo la falta de memoria de Arriaga llenó sus horas de lectura con prácticas extravagantes. Por ejemplo, además de utilizar un enigmático código de flechas, marcaba con una equis, coronada con un círculo, los párrafos que le parecían interesantes, y dibujaba una “e” estilizada al lado de los pasajes en los que detectaba un gazapo, escribía “AV” (aquí voy) en el punto exacto

en el que detenía la lectura, anotaba en una libreta la página en la que se había quedado, amén de colocar en el libro uno de los separadores de cartón burdamente ilustrados por su nieta Antonella, la Argentina Consentida, como la llamaba Isabel con una pizca de sorna.

El que para sus últimos discípulos fue un “enigmático anciano”, para ella era un libro abierto, pues conocía sus vicios, aficiones y achaques, así como sus manías al leer. Sobre estas, le cuestionó más de una vez si no eran sumamente exageradas o simples duplicaciones. Él se salía por la tangente con frases como: “no sobran las precauciones, pues, como su nombre lo indica, los separadores tarde o temprano se separan de los libros por incompatibilidad de caracteres”.

A pesar de todas las precauciones que tomaba el viejo para no saltarse un pasaje, leía el último párrafo marcado y si no reconocía el texto, iniciaba una lectura en reversa hasta hallar alguna frase que le sonara familiar (el método de campana, decía Isabel).

Después de un cerco prolongado, el Alzheimer derribó algunas murallas y empezó a apoderarse del pensamiento, memoria y lenguaje de Anselmo, quien, sin embargo, se resistía a que le robaran todo, por lo que ocultaba algunos decasílabos en un lugar muy profundo y oscuro para regalárselos a su mujer cuando recordaba que la amaba.

Según Isabel, los primeros signos de la enfermedad fueron la lentitud con la que el viejo avanzaba en sus lecturas, y esa mezcla de olvido y de excesiva lucidez, ese vaivén de la ausencia

a la ocurrencia. No recordar nimiedades, como si el pantalón que llevaba puesto acababa de salir de la tintorería, lo ponían sumamente irritable; pero minutos después podía preguntar, con mucha malicia, “¿por qué no ponen mi locura en tela de juicio?”

Una mañana, Isabel descubrió, junto a una taza de café frío, una servilleta arrugada en la que se asomaba la caligrafía del poeta; en esta se podía leer: “Algunas noches despierto y me pregunto dónde estoy. Luego me respondo que aquí, pero no recuerdo dónde es aquí. Es esta la lucidez de la demencia”.

El olvido fue ganando terreno, tanto que en una ocasión Isabel encontró a un alma en pena pateando el librero porque no recordaba ni siquiera qué escrito estaba leyendo. Ella buscó el libro en cuestión y se lo puso en las manos, exactamente en la hoja donde aparecía el último “AV”. Después, le fue recordando las medidas de seguridad establecidas por él mismo, y el significado de las marcas que aparecían en los textos, pero el viejo dudó de la eficacia de las primeras y refunfuñó ante la variedad de las segundas, pues le parecía complicado recordar tantas cosas. La principal preocupación de Anselmo era saltarse una página sin darse cuenta. Después de una larga plática, acordaron que ella sería su faro, pues le proporcionaría el libro en turno por las mañanas y él arrancaría las páginas leídas, para que no existiera la mínima posibilidad de que se perdiera. Ya tranquilo, él le besó la frente y le dijo: “Gracias, Sofía. Eres muy linda”. Ella no lo corrigió.

Isabel me contó que el miércoles santo tuvo que dejar a Anselmo solo, bajo llave, y esconderle los chocolates, puesto

que debía efectuar varios pagos, y él se resistía a salir porque hacía mucho viento. Cuando regresó, encontró esparcidas en el piso todas las páginas del libro de filosofía que había dejado sobre las rodillas del poeta apenas dos horas antes.

Ella me narró, la mar de apenada, cómo aquel día perdió los estribos y reprendió a gritos a su marido. Le dijo que sólo podía arrancar las páginas leídas, que no estaba bien que se pusiera a jugar con los libros y a destrozarlos por pura diversión, pues estos eran caros. “¡Con lo que cuesta un libro podríamos comer una semana o comprar más pañales!”, le espetó. Él le juró que había leído cada una de las páginas que besaban la loseta y que podía decirle de qué iba la cosa, pero ella, con base en el último diagnóstico de los doctores, no le creyó ni accedió a ponerlo a prueba.

Isabel mandó al viejo a su recámara para levantar las hojas esparcidas en el piso. Anselmo estaba enojado, pero aceptó desalojar la sala a cambio de los chocolates.

El poeta puso el pasador de la puerta y la televisión a todo volumen. Estuvo la tarde entera viendo el canal donde repetían antiguos partidos de fútbol. Los que más le gustaban eran los de blanco y negro.

Anselmo no le abrió a su mujer cuando esta tocó la puerta para exigirle que apagara la televisión y bajara a cenar. Ante cada frase que Isabel pronunciaba, él emitía una trompetilla.

A la mañana siguiente, el viejo no pudo demostrar que había leído el libro, porque olvidó cómo despertar. El poeta

Anselmo Arriaga murió el sábado 31 de marzo de 2018 abrazando el oso azul que le “heredó” su nieta. Seguramente le pidió a su corazón que detuviera su andar antes de que se disolviera lo que él más apreciaba.

Un mes después de que el autor de “Versos para desnudar al amor” se marchara para siempre, Isabel encontró en el ropero, debajo de una caja con fotografías, un diario. No le extrañó que alguien que olvidaba las cosas quisiera anclar algunos momentos, lo que le pareció raro fue que nunca hubiera visto ese cuadernillo y que él recordara dónde lo escondía.

El motivo por el que Isabel me citó aquella tarde, era ese diario. Quería mostrármelo y contarme lo mucho que Anselmo la torturaba con su ausencia. Al hojear ese cuaderno, noté que las últimas páginas estaban fechadas de forma singular, ya que mi amigo había mutilado un calendario para garantizar la exactitud de los datos. Era más listo que su enfermedad. Sus últimas palabras escritas fueron: “Hoy estoy contento porque vino la madre mía. Platicamos mucho tiempo. Me perdonó. La peiné toda la tarde y le conté que Isabel ya es mi novia y lo hermosa que se ve. [...] Le tengo que pedir a Antonella que me ayude a subir las sillas a la mesa, para barrer y trapear. La casa debe quedar muy limpia porque dice madre que el sábado va a venir mucha gente a verme”.

Después de que leí aquellas notas en voz alta, repetí a manera de pregunta: “¿dice madre que el sábado va a venir mucha gente a verme?”. Isabel esbozó algo parecido a una sonrisa y, encogiéndose de hombros, dijo: “quizás Anselmo también olvidó que los muertos no hablan”.

TENTANDO A LA SUERTE

“Ya tienes una bala en entre ceja, oreja y cien, Sánchez”, era la sentencia escrita en aquel papel amarillento de doble raya. El comandante leía una y otra vez la frase dedicada a su persona, como si con un sorbo de café y otra pasada esas palabras pudieran transmutar en buenas nuevas.

Llevaba un rato con el papel entre las manos cuando el subcomandante Pachango entró a la oficina de Sánchez como siempre: sin tocar, mal fajado y con un hilillo de mocos transparentes escapando de su narizota. Que otra vez estaba la loca desnuda a las orillas del río, dijo el de los mocos; que las viejas pedían a gritos que la retiraran para que los niños no la vieran; “sí, los niños”, murmuró el comandante; que era necesario que se apersonara en el lugar porque sólo a él le hacía caso; que fuera, que al cabo estaba “bien cerquitas”.

Sánchez no comentó nada; la frase “cabrón, ni estas mamaditas puedes resolver solo”, la dijo para sus adentros; en aquel instante no se sentía con ánimos de hablar. Se levantó, sacó su 45 de un cajón y se puso su chamara.

Ambos policías tuvieron que abrirse paso entre un grupo de mujeres, niños y, sobre todo, hombres que rodeaban a la mujer desnuda, quien, como si no hubiera nadie a su alrededor, se concentraba en trasvasar agua de una jarra a otra.

—¿Qué pasó, Rubia? ¿Otra vez alborotando el avispero? Está viendo que estos son alegres y les da maracas; cúbrase, carajo —dijo Sánchez sin respirar, mientras le ofrecía una frazada a aquella mujer de aún buenas formas que tenía una enorme cicatriz en el vientre. Pero ella, tras un vistazo al rostro del comandante, siguió embebida en su tarea.

—¿Por qué no le dices lo mismo a los pájaros, a las nubes? Todos están tan desnudos como yo, comandante. Incluso tú estás hoy bien encueradito; si se te ve el miedo junto a las costillas; tienes cara de difunto.

Cuando notó que el comandante bajaba la mirada, la mujer dejó las jarras sobre la tierra y aceptó la frazada, con la que se cubrió hasta las rodillas. La gente poco a poco se fue dispersando. Sánchez le dijo a Pachango que se subiera al jeep y jalara para la comandancia, que en un rato lo alcanzaba. Luego calculó dónde estaría el codo de la mujer y puso su mano ahí sin aplicar mucha fuerza, sólo para guiarla hacia los mezquites.

Tras asegurarse de que no había nadie cerca, Sánchez empezó a hablar en voz baja.

—Esta vez va en serio, Rubia. Ya no son chismes; me amenazaron. Ya traigo una bala en la cabeza.

—Ya te dije que esos no te van a hacer nada. Si acaso, la bala en tu cabezota te la vas a meter tú por pendejo. Hazme caso; deja de chaquetearte la tatema, cabroncito.

—¿Está segura? El mensaje que me dejaron es más claro que el agua de limón sin chía, y ya me tienen bien “wachado”: fueron a la oficina porque sabían que no estaba.

—¡A-que-la-rre-de-brujas! Eres más necio que un borracho —fue lo único que contestó la Rubia mientras movía la cabeza y sacaba de una raída bolsa un vestido que algún día fue verde.

De camino a la comandancia, ante el sol cayendo sin misericordia y el polvo revoloteando como zopilote, Sánchez estuvo a punto de subir a una de esas motos con techo que desde hace un par de años convirtieron a Totolapan en un anexo de la India. Pero el aroma que salía de la panadería le hizo pensar que regresar a pie había sido la mejor elección. Ese olor se trenzaba con la esperanza de que Giovana estuviera atendiendo. La moneda cayó en cruz y vio la cara de la jovencita. Estaba sola; llevaba una playera blanca ajustada con el letrero YELTSIN adornado con un pezón después de la e y otro tras la ese, lo que, entre otras cosas, evidenciaba la ausencia de esa prenda íntima que usan las mujeres que no son del pueblo. Sánchez tenía unas ganas locas de tentar aquellos pechos tanto como su suerte, por lo que se decidió por un bísquet con un enorme pezón de masa cubierta con huevo, al que le hincó el diente antes de pagarlo. A punto de salir, soltó un piropo que hizo sonrojar a Giovana, quien no dijo nada, sólo empezó a tejer un rulo con los dedos.

Al retomar el camino hacia la comandancia, Sánchez pensaba que así le gustaría morir, con la imagen de la Giovana tatuada en sus retinas, tan maltratadas a punta de los cachazos propios del oficio.

Quizá la Rubia tiene la boca llena de razón, pensó Sánchez cuando vio a tres tipos que ya tenía bien identificados bajar de una camioneta azul justo frente a la pulquería. Era muy alto, flaco y traía una gorra con un dibujo de toro, fue la descripción que le dieron en la comandancia cuando preguntó sobre las señas personales de quien dejó el sobre. Pues ahí estaba su presa, justo frente a sus narices; nomás faltaban el celofán y el moño.

Sánchez se ocultó tras una cabina telefónica que carecía de teléfono, esperando a que los vatos entraran a la pulquería. A ojo de buen culero, deben de estar por sentarse y por pedir sus curados, pensó. Luego, contó hasta diez, y enfiló hacia la entrada de La Babosa.

La puerta corrediza hizo un rechinido inaudible ante el volumen de la rocola. Los agarró más distraídos que un cura pederasta escuchando a un coro de pubertos. Sánchez sacó su arma. La primera bala dio en el pecho del gordo. La cabeza del que traía una playera del América fue el blanco del segundo plumazo. Gritos y botellas rompiéndose impedían escuchar con claridad la letra de “Nos estorbó la ropa”. El de la gorra de los Toros de Chicago estaba petrificado; ni siquiera trató de sacar la pistola que tenía mal escondida en la cintura. A ese, Sánchez no le disparó; sólo le escupió una frase: “¡Los mensajeros son putos!” Luego, tentando a la suerte, guardó su arma y le dio la espalda. Despacio, se dirigió hacia la salida, pensando en el tiempo que tarda un pazguato en reaccionar y en acribillar a un policía. Vicente Fernández dejó de cantar. Dos pasos

más sobre un tapete bañado de incertidumbre. “¡Putá madre!; si vas a disparar, jálale ya, nalgas miadas”, masculló Sánchez. Cerca de la puerta abierta, recordó lo bonita que lucía Giovanna con su playera blanca, y creyó verla al otro lado de la calle, agitando los brazos con desesperación.

EL INTRÉPIDO SOLDADO DE PLOMO

Te he dado la vida, te la tomaré
Nikolai Gogol

Veintisiete grados centígrados a la sombra. El general Domenzain está sentado frente a ti, en el centro del patio, sacudiendo su saco con alamares. El viento se acerca, se detiene, te abofetea. La bandera ondea libremente en el mástil; en cambio tú, imagen estoica e inerte, botas relucientes, insultos reprimidos.

El general te mira de soslayo y disfruta el momento. Los demás te ven como un espejo y sonríen al verse en ti de manera tan irrisoria. Sientes ganas de llorar, pero los soldados no lloran, eso es “cosa de viejas”; eso te enseñó tu padre. Actos injustos y deseos aplastados pasan rápidamente por tu cabeza. Después, soportas preguntas ridículas, humillantes; guardas silencio, disimulas la ira.

Dos horas más tarde el sudor oscurece parte de tu uniforme. Un tañido de corneta te anuncia lo evidente: sobre tu cabeza se encuentra el sol. El general, que ha ido y venido, está a tu lado, sentado cómodamente, fingiendo leer un documento; tus compañeros, en la sala de instrucción; tu coraje, en la punta de la lengua; y un hilillo de sudor escurre lentamente por tu nariz, mientras otro se introduce en tu ojo izquierdo y lo lacera. Quisieras secar tu frente, gritar, pero no te está permitido.

Al ver al general jugando con una gorra de marcha recuerdas cuando sus dedos se deslizaban por tu cuerpo. Tú lo

dejabas. El vapor impedía que vieras con claridad su rostro. Su lengua se introducía en tu oreja al tiempo que lo hacían sus preguntas punzantes sobre tu hombría; sus manos insuaves frotaban tu cara; después tu flácido pene, lento, muy lento, y tú lo dejabas. No recuerdas más.

Llevas horas plantado en el patio. El general te observa a través del enorme ventanal de la sala de armas. No ha soportado el calor de verano y se ha instalado en ese lugar para ver llegar el momento en el que respondas su pregunta o cuando te desplomes debido al hambre, al cansancio, a la insolación. Pero aún permaneces postrado en ese sitio. Te sientes exhausto, sin embargo, un orgullo ridículo te sostiene por los hombros y apacigua el movimiento trémulo de tus rodillas.

Veintinueve grados centígrados a la sombra. Sabes que no soportarás mucho tiempo más. La rigidez de tu posición lastima cada uno de tus músculos; la cara te arde, el odio te arde.

El general deja la sala, se acerca a ti y te ordena dar media vuelta, con objeto de que tu rostro vuelva a quedar frente al sol. El placer de aquel movimiento es efímero. Las piernas te tiemblan y Domenzain te recrimina. La tortura se incrementa segundo a segundo. Tienes muchas ganas de orinar, pero no pides permiso, porque sabes que te lo negará y eso sólo servirá para acrecentar su placer y tu ira. Tu esfínter se rinde y el chorro de orina resbala por tu pierna, humedeciendo el pantalón. El hecho genera una burla fina y disimulada entre las “zorras” que barren el patio, y la mueca más socarrona que hayas visto dibujada en el rostro del general.

Ahora ves a Rufino pisar con fuerza la tierra. Al avanzar hacia la caballeriza te observa con disimulo. Después de unos minutos, regresa jalando un hermoso caballo canela. A pesar de la distancia, la mirada del animal parece encontrarse con la tuya; el tiempo se detiene; no ruedan las rocas en el riscal.

El general ha vuelto a ubicarse pomposamente detrás del ventanal. Rufino intentará montar al salvaje alazán. Agradeces el hecho de que por fin la atención no se centra en ti. Rufino coloca lentamente la silla. Tú permaneces inmóvil. El caballo empieza a inquietarse. Rufino duda por un instante y luego trata de poner un pie en uno de los estribos. El general observa el intento. El caballo, al sentir el cuerpo del soldado, salta, lanzándolo al suelo. Tú no te mueves. El animal corre libre, provocando un gran barullo. Algunos cadetes tratan en vano detenerlo. Domenzain llega al patio, increpa desde lejos. Rufino se levanta penadamente y se sacude la tierra. El desconcierto de todos te empuja a sonreír. “¿De qué putas madres te ríes, pendejo?”, te pregunta el demonio que te transforma en niño.

¿Por qué empieza a hervir tu sangre? ¿Es el calor, el insulto o el caballo el que te mueve al desacato? ¿Por qué de tu posición estática pasas a un estado extático y corres como aquel animal?:

Que te perdonen, no sabes lo que haces.

El general te grita, pero parece que no lo escuchas o que no lo entiendes. Él desenfunda su arma; tú no te das cuenta. Oyes pasos detrás de ti, relinchos provenientes del averno. Piensas que nada podrá detenerte. La barda está cada vez más

cerca. Sientes el cabestro flojo, tus cuatro patas golpean la tierra con violencia. Te encuentras a unos pasos de la libertad, se escucha un disparo, caes de bruces, se levanta el polvo, el caballo se apacigua.

El patio y el campo de prácticas son cubiertos por un largo silencio, roto por el sonido que producen las botas de Rufino al golpear el terreno. Él es el primero en reaccionar, en llegar a donde yace tu cuerpo. Te voltea. A pesar de que parece mirar directamente al sol, no parpadeas. Rufino pronuncia tu nombre y algo más en voz baja mientras desliza su mano por tu pelo. Luego, pide ayuda a gritos. Tu padre, con el rostro desvaído, enfunda su pistola. El caballo trota en dirección a la caballeriza. Una lágrima de Rufino forma un surco en tu cara terrosa; es una lágrima prestada, no hay mácula.

HOTEL PARAÍSO

Y la mujer respondió: La serpiente me engañó y comí.

Génesis 3:13

Después de que Adán probara el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no sintió ni vergüenza ni temor; lo que en verdad experimentó fue la erección primera y un deseo incontrolable de despojar a Eva de la hoja que cubría su entrepierna. Aquel fruto abrió los ojos de Eva, quien, extasiada, le preguntó a Adán qué era aquel trozo de carne tan hermoso y tan poderoso que la hoja de parra no pudo contener. Él confesó su ignorancia. Aquel fruto abrió los ojos de Adán, quien se dio cuenta de que Eva estaba llena de gracia, por lo que la tentó y vio que su piel era buena en gran manera. Las redondeces que siempre habían ornado el cuerpo de nuestra madre, quien fue creada sólo para salvar de su soledad a nuestro padre, se convirtieron de pronto en tentación, pues su carne gritaba. Ella acarició la parte de él que se asomó a la luz, bordando así el verbo estremecer, y luego besó por primera vez a Adán; sus dientes chocaron antes de que sus lenguas se transformaran en mariposas; con el calor de sus cuerpos y el cincel del deseo forjaron el placer, con cada caricia avivaron el fuego, que poco a poco los fue fundiendo. Dios, que está en todas partes, miraba sorprendido cómo esa pareja retozaba sobre la hierba. Por la posición en la que se encontraban y por la fruición que los roces concebían, el miembro de Adán se introdujo en la húmeda flor de Eva de forma natural, como la lluvia penetra en la

tierra. Para sorpresa de ambos, eso les produjo más placer; sus rostros dibujaban gestos inéditos y de sus labios escapaban gemidos primitivos, que algunas aves confundieron con el canto de Dios. Quizá fue esto último lo que hizo que se derramaran los celos que sentía Jehová, quien, más tarde, obnubilado por aquel estado de ánimo, les dijo con brusquedad a aquellos seres sin ombligo: “Con el sudor de su rostro comerán el pan hasta que vuelvan a la tierra, y con sus lágrimas revelarán lo que el paso del tiempo le hace al amor”. Cuando los amantes salieron del hotel, eran tan felices que las farolas les parecían estrellas y el sonido que producían los autos sobre el asfalto mojado, una sonata interpretada por Lang Lang. Caminaban tomados de la mano. Después de cruzar la calle, él miró su reloj. “¿Un cafecito?”, preguntó. Con una sonrisa, ella dio a entender que aún no quería ir a casa. Volvieron a emprender la marcha sin presentir que lo suyo estaba a punto de disolverse.

LA VENGANZA DE SÍSIFO

“¿Pero por qué tenemos que hacerlo?”, volvió a preguntar Pandora. “Es que el amor no existe, mujer, por eso hay que hacerlo; hay que hacer el amor, porque el amor no existe”, contestó Sísifo. Después de escuchar una larga disertación sobre eros, philia y ágape, y a cambio de un cuadro de Tiziano, Pandora aceptó hacer el amor con Sísifo. Cuando terminaron, él encendió un cigarrillo, que compartieron. “Bueno, ya está hecho”, dijo Pandora. “Sí, pero como puedes ver, desapareció. Tenemos que volver a hacerlo”, respondió Sísifo por enésima ocasión, acariciándole la espalda. “¿Pero por qué tenemos que hacerlo?”, volvió a preguntar Pandora.

Índice

<i>El ciempiés</i>	7
<i>El chico de humo</i>	11
<i>De esas que van por ahí</i>	15
<i>Hasta que la vida nos separe</i>	21
<i>Notas para el olvido</i>	27
<i>Tentando a la suerte</i>	35
<i>El intrépido soldado de plomo</i>	43
<i>Hotel Paraíso</i>	49
<i>La venganza de Sísifo</i>	53

Parte esencial del proyecto editorial de la revista **grafógrafxs** —a un año de comenzar— es el lanzamiento de los escritorxs surgidxs de sus talleres de narrativa y poesía. De ahí la necesidad de acompañar en forma de libro electrónico el trabajo que durante más de 30 sesiones ha sido compartido, discutido y editado en la Sala Ignacio Manuel Altamirano del edificio central de Rectoría de nuestra universidad. Cada jueves y sábado esta sala alberga a una comunidad universitaria nutrida, que hasta marzo de 2020 superó la asistencia de más de 1000 personas entre estudiantes, profesionistas y profesores con los perfiles más diversos; ello refrenda el punto de partida de **grafógrafxs**: sustentar una comunidad universitaria plural, libre y activa, que, junto con sus estudios regulares o actividades laborales, mantenga el fervor por la literatura, y más aún, que encuentre las herramientas para entender la lectura y escritura como una vía compartida, y pueda así escribir su propia historia y haga valer su voz.

El nombre de las colecciones **Pasavante** e **Invitación al Incendio** hace referencia a dos antologías en formato electrónico de los talleres de poesía y narrativa, ediciones especiales de la revista que aparecieron a principios de este año y unificaron la visión entre los autores y los coordinadores de los talleres de dar paso a ediciones individuales, consolidando su mérito y talento en un libro, especialmente en estos momentos adversos en que la continuidad nos obliga a sumar empeños en el plano virtual. También, con las colecciones **Pasavante**, de poesía, e **Invitación al Incendio**, de narrativa, se convida a participar a los escritores y traductores allegados al proyecto de **grafógrafxs**, cuyos libros atractivos y de una estética singular redundarán en la configuración de un catálogo que escolte y acreciente el arsenal de nuestrxs lectorxs. Porque la literatura es una reflexión del mundo lúdica y cruel, exagerada y simple, descalza y bocanada de ostracismo, absurda y posesa, trance y veladura, explicación y vuelo sumergido, ciudad real y hangar de duermevela, cíclope y tumulto, fin del camino e ignición, de nuevo queremos decir que **grafógrafxs** es el espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos, reconocernos y escribirnos.

Sergio Ernesto Ríos



Visita grafografxs.uaemex.mx

Síguenos

 Grafógrafxs UAEMex

 @grafografxsuaem

 Grafógrafxs UAEMex

Contacto

 grafografxs@uaemex.mx

El ciempiés, de Mauricio Pérez Sánchez, es una publicación especial (colección Invitación al Incendio de narrativa) de *grafógrafxs*, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, calle Sor Juana Inés de la Cruz, número 300, Col. 5 de Mayo, Toluca, Estado de México, C.P. 50090, Tels. (722) 277 3835 y 277 3836.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.

Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2020.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 2, núm. 3, de *grafógrafxs*, julio-septiembre de 2020.

PRÓXIMOS TÍTULOS:

Villada 436

Claudia Fernández

La escuela

Daniela Albarrán

Profetas

Demian Marín

La ciudad se camina de noche

Daniela Albarrán

(Una banda de punk llamada) Rattus

Andrés Paniagua

Siempre se aplaudirán los fetiches
y los rincones secretos: el pudor
como una máscara y el amor como
un disfraz; la ruleta rusa como de-
sayuno y el divorcio como ambigü
en la gran gala de la vida. Estos
cuentos caminan como los aman-
tes en los pasillos alfombrados de
un motel, y se diría que detrás de
cada puerta reposa el gozo, el azar
o la muerte. Léanse con la gracia y
el fuego; no menos.

INVITACIÓN AL INCENDIO / NARRATIVA

grafógrafxs

